

seguido de preferencia el *P. Patrignani*. Bien sabido es que los hechos entran mas prontamente en el espíritu y penetran mejor el corazon que los discursos mas sólidos y razonados: estos se limitan á convencer, mientras aquellos añaden á la conviccion una cosa mas íntima, esto es, la persuasion.

Los ejemplos que se encontrarán en esta obra son de dos clases, y naturalmente formarán dos libros. El primero expondrá, como otros tantos motivos de devocion, los homenajes y los servicios tributados á san José, y el segundo presentará el cuadro de las gracias y de los favores concedidos por san José á sus devotos. Otro tercer libro contendrá las diferentes prácticas propias para honrarle; prácticas á las que hemos creído deber añadir otras para el uso de las cofradías de la Buena muerte, erigidas en diversos lugares, bajo la invocacion especial de san José.

Nos resta, pues, ofrecer con el piadoso autor esta obra al gran Santo, cuyo objeto es, y rogarle supla con su bondad lo que en ella se encuentre defectuoso, y tome en consideracion para bien de los fieles el vivo deseo que tenemos de manifestar su santidad á todos los ojos, su nombre amable á todos los corazones, y su proteccion saludable á todos aquellos que con sus virtudes y sus obras justifiquen la solidez de esta devocion.

DEVOCION AL SEÑOR SAN JOSÉ.

LIBRO PRIMERO.

MOTIVOS DE ESTA DEVOCION.

CAPÍTULO I.

El ejemplo de Jesucristo es el primer motivo de la devocion á san José.

Cuando Jesucristo desde lo alto de la cruz dijo á la santísima Virgen su Madre, designándole al apóstol san Juan: «Mujer, vé ahí á tu hijo,» sin duda quiso ponernos bajo su proteccion, en la persona del discípulo amado que allí representaba á todos los electos ¹. Del mismo modo, podemos creer que el eterno Padre, al encargar á san José que, como jefe de la sagrada Familia, guiase la huida de Jesús y María al Egipto,

¹ San Bernardino de Sena.

y velase por la conservacion de sus dias, quiso poner á todos los hombres bajo su proteccion, é inspirarles veneracion y respeto hácia un Santo en cuyas manos confiaba el mas precioso depósito que haya existido, esto es, el Salvador del mundo, el Verbo encarnado, el manantial de todas las delicias, y el centro de todas las riquezas del paraíso. Este solo motivo deberia ser suficiente para inspirarnos una devocion muy especial á san José; pero hay todavía un motivo mas poderoso, y es el ejemplo que nos ha dado el Hijo del Altísimo.

La vida entera del Salvador es un perfecto modelo, ó, mejor dicho, un modelo divino propuesto á nuestra imitacion. *Os he dado ejemplo, para que obreis del mismo modo que yo he obrado con vosotros*¹. Veamos, pues, el ejemplo que nos ha dado, con respecto al honor debido á san José. Jesús es, entre todos los hombres, el primero que le ha honrado: desde el momento en que el eterno Padre le designó para que en la tierra desempeñase sus veces al lado de Jesús, le considera siempre como á su padre, y le rin-

¹ Joan. XIII.

servido por su Criador y por su Dios? In-

de los mas respetuosos homenajes; por manera que no se los daría mayores, si verdaderamente hubiera sido su hijo.

Ya me parece, ó cristiano lector, que leo en vuestro corazon el piadoso deseo que os impulsa á saber en particular los testimonios de honor y de respeto que Jesús ofrece á san José; pero ¿cómo he de satisfacer vuestro deseo, si quereis que os descubra un misterio que el Espíritu Santo ha ocultado enteramente á nuestro conocimiento? Sí, el Espíritu Santo le ha cubierto con un velo impenetrable, pues san Lucas, el depositario de los secretos del Verbo encarnado, el privilegiado historiador de los misterios de su divina infancia, llegando á la narracion de lo que el Hombre-Dios hizo desde los doce años de su edad hasta los treinta, todo lo compendia en estas tres palabras: *Et erat subditus illis*: estaba sometido á sus padres. Y qué, ¿el Hijo de Dios, en el espacio de diez y ocho años, nada haría de grande ó misterioso que pudiera servirnos de leccion? Seria una impiedad decir esto. ¿Ó el Evangelista nada supo de particular sobre la vida privada de Jesucristo, durante esa larga

v velase por la conservacion de sus dias

série de años que pasó en Nazaret? ¿No ha sido, por decirlo así, que en la escuela de la Virgen santísima aprendió san Lucas todo lo que ha referido? ¿No supo de boca de la Virgen María hasta los mas pequeños detalles del nacimiento del Salvador en un establo, de la adoración de los pastores, del concierto de los Ángeles, y mil otras particularidades relativas al misterio de la Encarnacion, por manera que muchos autores no han temido llamarle el secretario de la Virgen? Si, pues, san Lucas, historiador tan solícito y tan fiel, ha reducido la mayor parte de la vida de Jesucristo á estas tres palabras: *estaba sujeto á ellos*, necesario es decir que Jesús hizo constantemente profesion de obedecer en todas las cosas á María y á José; y que si bien practicó una infinidad de actos heroicos de piedad, de humildad, de paciencia, de celo, y de todas las mas excelentes virtudes, parece sin embargo no haber tenido otra ocupacion que hacer la voluntad de otro; y por esto ha querido que esta sola fuese expresada en el Evangelio como la mas noble, la mas gloriosa, la mas digna del Verbo encarnado.

servido por su Criador y por su Dios? In-

Pero esta obediencia, esta sujecion de Jesucristo, supone un derecho, una autoridad en la persona que pudiera darle órdenes: y tambien á la vez, en las palabras ya citadas, encontramos el compendio de la vida del Hijo de Dios, y el compendio de la vida de san José. ¿Qué hace, pues, san José durante los diez y ocho años que vivió en Nazaret con Jesús? Hélo aquí en dos palabras: *Él mandaba á Jesús*; y á la verdad, tenia un derecho, porque en su cualidad de jefe de la familia, á él le pertenecia el gobernarla. Sin duda que María, en su cualidad de madre, tambien podia mandar; pero como el marido tiene la principal autoridad sobre los hijos, por eso Jesús, que veia á san José revestido de esta autoridad, le profesaba una obediencia muy particular. Así se expresan dos grandes teólogos, santo Tomás, y Pedro d'Ailly, arzobispo de Cambrai. Y qué, ¿no me seria lícito dirigirme á los espíritus bienaventurados? ¿Cuántas veces, les diria yo, no habeis sido arrebatados por la admiracion y la sorpresa al ver que Jesús no se permitia dar un paso, ni hablar una palabra, ni tomar el alimento ó el descan-

v. velase por la conservacion de sus dias

so, sin obtener primero las órdenes de san José? Decidme, pues, celestiales espíritus, ¿qué os causaba especialmente ese éxtasis de admiracion? ¿Era la humillacion de Jesús obedeciendo á san José, ó la elevacion de José mandando á Jesucristo? Cuando el justo Noé vió el arca descansando sobre las montañas de Armenia, no tuvo necesidad de otras medidas para apreciar la prodigiosa altura de las aguas del diluvio. Del mismo modo Gerson, ese ilustre teólogo parisiense, en el profundo abatimiento de Jesús, obedeciendo á san José, encuentra la justa medida de la altura á que debió elevarse nuestro Santo. Subia José en proporcion que Jesús descendia; por manera que si la sujecion de Jesucristo comprueba su incomprendible humildad, no atestigua menos la incomparable dignidad de José.

De esta suerte todos los actos de sumision que practicó el Hijo de Dios obedeciendo á san José, eran respecto de este otros tantos grados de la mas sublime elevacion. Segun esto, ¿quién llegará jamás á comprender la dignidad de un Santo que se ha visto, durante tantos años, obedecido, respetado y

servido por su Criador y por su Dios? Josué, sola una vez, suspendió el curso del sol, deteniéndole en el momento en que se precipitaba á su ocaso; y esto ha bastado para que todos los siglos le paguen el tributo de su admiracion. ¿Qué tiene de comun el poder de este famoso capitán, con el de san José, que pudo, no una, sino mil y mil veces, mover ó detener á su arbitrio á Dios, criador de la aurora y del sol? Grande fue, en efecto, el poder de aquel otro José á quien el príncipe confió el gobierno absoluto de todo su imperio. Moisés, es innegable, no pudo ser honrado con un título mas glorioso y mas admirable que aquel con que le revistió el Dios de los ejércitos cuando le llamó *Dios de Faraon*; pero estos títulos, estos privilegios, por admirables que sean, desaparecen ante la dignidad de un Santo á quien el Rey de los reyes se somete como á su padre y su señor.

Y á la verdad, es del todo imposible encontrar entre la innumerable multitud de Santos uno mas grande que José, así como tampoco puede concebirse una autoridad igual á la suya, en virtud del derecho que

tuvo de mandar al Hijo de Dios. Supongamos un hombre que sea rey de todos los reyes del mundo; supongamos todavía que Dios cria diez mil mundos, y que á cada uno le da un rey, á condicion que todos estos reyes reconozcan y honren como á su soberano á un solo monarca absoluto; ¿concebís cuán grande seria la gloria de ese monarca que recibiria los homenajes de diez mil grandes príncipes, y cuál la sublimidad de ese trono elevado sobre tantos tronos? Pues sabed que ese monarca tan grande no recibiria ciertamente tanto honor con la sumision de ese pueblo de reyes, como el que recibió san José con la tan sumisa obediencia que le rindió el Hijo de Dios. Muy jactancioso se manifestaba el antiguo capitán Licrates cuando, por hacerse valer y lisonjear á sus soldados, les decia que el título de gloria, mas precioso para él que un imperio, era mandar á los que mandaban á otros. San José, al contrario, bien pudo decir con razon: «Á mí solo pertenece la gloria de mandar á Dios, de quien dependen «todas las criaturas, á quien respetuosamente se someten todos los príncipes, y

«delante de quien se someten las potestades «que sostienen al universo.»

Pero si la gloria del que ejerce sobre otros la autoridad del mando consiste menos en poder darles órdenes, que en verlas aceptadas y ejecutadas con diligencia, necesario es convenir que la gloria de José no consistió tanto en mandar á Jesús, cuanto en verse obedecido con puntualidad. Pues bien, almas devotas de san José, para satisfacer mas completamente á vuestra piedad quiero descender á pormenores, y citar algunos actos de la obediencia que el Hijo de Dios practicaba en la casa de Nazaret, con tanta sumision, como si no fuera capaz de gobernarse por sí mismo. Es verdad, segun que ya lo he dicho muy alto, que san Lucas compendió diez y ocho años de la vida de Jesucristo en estas breves palabras: *Et erat subditus illis*; pero yo á mi vez me permitiré con el auxilio de los intérpretes sagrados desenvolver un poco el sentido de esas breves palabras. San Basilio, en el capítulo 40 de sus Constituciones monásticas, ha escrito que el Salvador trabajaba sin descanso todos los días por obedecer á José y á María.

San Justino mártir¹ nos asegura que el Verbo encarnado servía y ayudaba en su taller á san José, y dividía sus trabajos en proporción que se lo permitían las fuerzas de su humanidad. Lo mismo dicen san Jerónimo y san Buenaventura. Pero el testimonio mas irrefragable de este ejercicio continuo de obediencia de Jesús á las menores insinuaciones de José es el que la Virgen santa dió por su propia boca á santa Brígida, íntima confidente de sus secretos. Hé aquí sus palabras: *Mi Hijo era tan obediente, que si José le decia: haced esto ó aquello, al instante lo hacia.*

Paréceme ya que veo á José y á Jesús; á José desplegando la autoridad paternal en las órdenes que da, y á Jesús desempeñando los deberes de la dependencia y de la piedad filial por la perfeccion de su obediencia. José, que para subvenir á las necesidades de un Dios reducido á la indigencia ejerce la dura profesion de carpintero, decia á su hijo adoptivo con respetuosa voz: «Jesús, ayúdame á aserrar esta tabla, á desbastar este tronco... Jesús, tomad el martillo, y

¹ Diálogo con Trifon.

«clavad este clavo... Jesús, venid y juntad «este aserrin, reunid estas virutas, arreglad «la madera que hemos de trabajar... Jesús, «llevad á vuestra madre con que alumbrarse... y con que alimentar el fuego.» Con menos prontitud salió de la nada la luz á la voz del Criador, que Jesús se apresuraba con agilidad y diligencia á ejecutar las órdenes que se le daban. No es, pues, sorprendente que los habitantes de Nazaret le creyesen verdadero hijo de san José. Lo que les hacia caer en este error, por otra parte inocente, era haberle visto tantas ocasiones manejar el hacha y la sierra bajo la direccion de un pobre artesano. *¿No es este, decian, el hijo de un carpintero?*

Además, contemplad con Gerson á este Rey de la gloria, á este Dios de majestad á quien honran y sirven millones de Ángeles: vedle trabajar no solamente como compañero de José en su taller, sino tambien como servidor de María en la pequeña casa de Nazaret; vedle poner la leña al fuego, ir á la cercana fuente, acarrear agua, llenar las ánforas, preparar la mesa, y abatirse al extremo de lavar la vajilla, y tomar la escoba

para barrer las inmundicias, con las manos divinas con que fabricó el universo. ¿Cómo, pues, san José á vista de tal abatimiento y de tal obediencia no ha muerto de confusión y de alegría? Tobías se prosterna con el rostro en tierra, penetrado de sorpresa y como fuera de sí, cuando el ángel Rafael, que bajo la figura humana le habia servido de guía, desenvuelve de un golpe el secreto de su grandeza. ¡Cuánto mas humillado debió estar san José, que conocia tan claramente las grandezas de ese Dios humanado y revestido de la forma de siervo, cuando recibia de él todos los servicios que se pueden esperar de un hijo, y aun de un esclavo! Decidnos, ¡oh Santo bienaventurado! cuántas veces, penetrado de los mas vivos sentimientos de humildad y respeto, habeis dicho á ese amable niño extenuado y que jadeaba de fatiga: «Ó Jesús, ó hijo mio, «vos sabeis qué deseo tengo de obedeceros, «mas bien que de mandaros; pero, obligado como estoy á seguir las órdenes de vuestro divino Padre, es para mí una necesidad «el tomarme la libertad de mandaros: yo «adoro vuestra obediencia, y mi superio-

«ridad no me agrada, sino en cuanto Vos «os complacéis en dar al mundo el ejemplo «glorioso del Criador sometido á la criatura. ¡Ah! si Vos lo permitiérais, ó Dios «mio, cambiaríamos nuestros papeles, y Vos «mandaríais como señor en esta casa!» Sin duda que Jesús para consolar á san José le diria lo que mas adelante dijo al santo Bautista: «Resignaos, guardian querido de mi «infancia, resignaos á los honores que os «tributo: conviene que ejerciteis respecto «de mí el oficio de padre, y yo debo estar «sujeto á Vos como hijo respetuoso; de esta suerte darémos al mundo el ejemplo de «toda justicia.»

En efecto, si Orígenes ha tenido razon para reconocer en esta sujecion maravillosa de Jesús á José una grande leccion sobre el respeto y la obediencia que los hijos deben á sus padres; nosotros tenemos el derecho de añadir que nuestro divino Salvador, honrando á san José como á su padre, quiso igualmente dejar á su gran familia, es decir, á la Iglesia, un brillante ejemplo que le enseñe á honrar especialmente al jefe de la sagrada Familia. Si una sola hora

hubiera pasado Jesucristo sujeto á la direccion y á las órdenes de san José, esto seria bastante para que este santo Patriarca de la ley nueva fuese venerable entre todos los Santos: ¿con cuánta mas razon lo será despues que Jesús ha querido vivir, y realmente ha vivido tan largo tiempo bajo sus leyes? Educado, alimentado, custodiado, y provisto de todas las cosas por José por mas de veinte y cinco ó treinta años, ¿podria no desear que todos los cristianos se esforzasen en pagarle con homenajes especiales los grandes y fieles servicios que este buen Padre ha prestado á su adorable persona?

Jesucristo declaró un dia su voluntad sobre este punto á santa Margarita de Cortona, en una aparicion, en la que entre otras cosas le recomienda que sea especialmente devota de san José, á quien él se reconoce deudor por haberle alimentado con tanto celo y afecto.

Seria una ingratitud verdaderamente inexcusable de parte de los cristianos no pagar á san José un tributo de honor y de veneracion, por amor de ese Dios Salvador, á quien tenemos obligaciones infinitas.

En cuanto á mí, ó Jesús mio, yo quiero seguir vuestro ejemplo; yo quiero servir al que Vos habeis servido; quiero honrar al que habeis honrado; quiero amar al que habeis amado en cualidad de hijo. En fin, ¡oh dulce Jesús mio! por esa profunda humildad que hizo á vuestra adorable persona obediente á las menores insinuaciones de san José, os suplico concedais á vuestro indigno siervo consagrarse desde este momento y para siempre al servicio de este gran Santo, entendiendo como entiendo que es una cosa muy agradable á Vos, puesto que primero me habeis dado el ejemplo.

CAPÍTULO II.

Segundo motivo de devocion á san José, esto es, el ejemplo de la santísima Virgen.

El antiguo patriarca José, desde los primeros años de su juventud, tuvo conocimiento de la gloriosa fortuna que le estaba reservada para el porvenir. Dios le hizo ver en sueños los dos principales astros del firmamento, el sol y la luna, que respetuosamente se inclinaban en su presencia. Hé